

## El Brasil del hambre espera que Lula repita las proezas del pasado [Clique aqui para ver a notícia no site](#)

sesión en la playa, algunas vestidas con bikinis, clavan los talones en la arena mojada. En Ipanema o Leblon, las playas elegante de Río de Janeiro, tal vez sería una nueva moda de masaje estético. Pero estas mujeres son mariscadoras en busca de almejas y berberechos. "Nos dan 30 reales (seis euros) el kilo sin incluir las cáscaras", explica una de ellas, una joven madre que trabaja junto a su hijo de 12 años. "Es duro... mucho dolor de espalda", dice Josefa Maria da Silva, una recolectora de mariscos de unos 50 años. Pero «el precio del arroz, de la carne, de todo, se ha disparado (...) Trabajo con mariscos desde que salí de la caña de azúcar». leer también andy robinson Esto es Japaratinga, en la costa de Alagoas, en el noreste de Brasil. Son tierras de Lula, que nació a 180 kilómetros de aquí, en el vecino estado de Pernambuco, en octubre de 1945. Es uno de los lugares más pobres de Brasil, número siete en el ranking de pobreza de las 146 regiones brasileñas elaborado por la Fundación Getulio Vargas. El 64% de los habitantes gana menos de 100 euros al mes. Las marisquerías ya dependen, más que nunca, de la cosecha del mar. Son proteínas vitales en el estado con más víctimas del hambre en Brasil desde que se dispararon los precios de los alimentos en 2021 y principios de 2022. El 36,7% de los habitantes de Alagoas ya sufren graves niveles de inseguridad alimentaria, según la Red Brasileña de Soberanía Alimentaria. Pernambuco, por su parte, es donde más ha crecido la pobreza en los últimos años. No se garantiza que unos 33 millones de brasileños puedan comer todos los días del año. En Alagoas y Pernambuco regresaron los fantasmas de las décadas de 1960 y 1970 cuando, según Unicef, cada 15 minutos moría un niño por desnutrición. Millones de personas se dirigieron entonces en una huida desesperada hacia el sureste y las favelas de las grandes metrópolis de Río y Sao Paulo. La paradoja del regreso de Lula a la presidencia es que esta nueva epidemia de pobreza y hambre, más que cualquier otro factor, ha sido clave. El líder del Partido de los Trabajadores (PT) se impuso a Bolsonaro gracias al recuerdo de sus primeros gobiernos (2003-2010) cuando implementó el plan Hambre Cero a partir del subsidio antipobreza conocido como Bolsa Família. Así, 36 millones de brasileños salieron de la pobreza, muchos de ellos en estados del noreste como Pernambuco y Alagoas, donde Lula obtuvo casi el 70% de los votos el 30 de octubre. "La memoria afectiva en el Nordeste creó un muro protector para el voto de Lula, » dice Carlos Moreira, columnista pernambucano que vive en Alagoas. En su primer discurso posterior a la toma de posesión el domingo, Lula repitió su mantra: «Mi misión solo se cumplirá cuando cada brasileño tenga tres comidas al día». Unos 33 millones de brasileños no tienen garantizado poder comer todos los días del año Las familias mariscadoras quizás estaban en la mente del nuevo presidente cuando estalló en llanto durante un discurso seis días después de su victoria electoral el 30 de octubre. "Pensamos que habíamos resuelto el problema del hambre, pero no lo hicimos". Quizás eran las lágrimas de un político profesional. Pero también es probable que fueran las de un hombre de 77 años que recordaba su infancia. La infancia de Lula, quien nació en una casa de adobe en el municipio de Caetés, la séptima de ocho hijos, fue una lucha diaria contra el hambre. "Nací en Caetés y comí pan por primera vez a los siete años", dijo el nuevo presidente durante una visita a su ciudad natal el pasado mes de julio. "Fui a Sao Paulo a los cuatro años para no morir de hambre", recordó. Los problemas alimentarios cotidianos de la familia se habían vuelto críticos meses después del nacimiento de Lula, cuando su padre, Arístides, partió para Santos, el puerto de Sao Paulo, con la prima de su esposa, de apenas 16 años, a quien quedó embarazada. Cuando Lula cumplió cuatro años, su madre, doña Lindu, decidió seguir los pasos de su esposo y llevó a siete de sus hijos en un viaje de 13 días en autobús a Sao Paulo. Se instalaron en un departamento en la misma calle que su padre, estibador, quien asumió la responsabilidad de alimentar a los ocho hijos que había tenido con doña Lindu y los diez que tendría con su nueva pareja. Aristides fue al puerto de traje y con un periódico bajo el brazo a pesar de que no sabía leer. Pero la doble personalidad del padre agudizó la crisis familiar, según cuenta Fernando Moraes en su nueva biografía de Lula. Mientras trabajaba horas extras cargando café para alimentarlos, disfrutaba atormentando a los niños. Una vez prefirió darle de comer al perro de la casa que a la hermana menor de Lula -de solo dos años- que lloraba de hambre. Cuando doña Lindu finalmente anunció que llevaría a la familia a otro distrito, Arístides desplegó el arma del hambre: "Intentó chantajearlos gastando todo su salario en cecina, bacalao y pan dulce para todos", escribe Moraes. Lula sólo saldría definitivamente del hambre (y de su padre) gracias a una plaza en el programa público Servicio Nacional de Aprendizaje Industrial, que le permitió entrar como obrero metalúrgico en las fábricas sindicalizadas de automóviles de la periferia de Sao Paulo. ¿Qué hará el nuevo presidente para cumplir con su compromiso de que a nadie le falten tres comidas al día y que todos los brasileños vuelvan a comer carne? Por el momento, el plan principal es mantener el subsidio ya implementado por Bolsonaro de 600 reales mensuales por familia pobre, al que Lula pretende sumar 150 reales por cada familia con niños menores de cinco años en un nuevo programa Bolsa Família. Se beneficiarán 30 millones de familias. También se reactivará el programa de almuerzo escolar, así como el control de los precios de los combustibles a través de la petrolera semiestatal Petrobras. «Mi misión solo se cumplirá cuando cada brasileño tenga tres comidas al día», dijo en su toma de posesión. Más allá de los subsidios, la pregunta será si el nuevo gobierno está dispuesto a impulsar un nuevo modelo de producción de alimentos. "En 2003 se buscó ingenuamente una convivencia entre la agricultura familiar y la gran agroindustria; ahora necesitamos una política estructural para la producción de alimentos y apoyo a los pequeños agricultores", dijo Rosa Amorim, representante por Pernambuco del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra (MST). Con un poco de apoyo, incluso las marisquerías del noreste podrían formar parte del plan -hay modelos en Galicia- para erradicar el hambre.

